

Pedagogo, experto en Atención Temprana

Jesús Jarque García

Cordobés de nacimiento, Jesús Jarque García es miembro de la **Sociedad Española de Pedagogía**. Actualmente, desempeña su labor como orientador en el Centro Público de Infantil y Primaria Ramón y Cajal de Puertollano, donde lleva 17 años. Máster en Psicología y Gestión Familiar y Máster Europeo en Coaching Pedagógico y Educacional. Jarque tiene en su haber más de una treintena de libros y publicaciones en medios especializados.

«Los deberes también pueden consistir en salir a la calle y observar»

NIEVES SÁNCHEZ / CIUDAD REAL

Empieza el curso y la vuelta a la rutina y a las exigencias de un horario, y con ello la llegada de los temidos deberes y los ejercicios que hacer para casa. ¿Es usted partidario de este sistema?

Los deberes escolares pueden ser adecuados en su justa medida. En el caso de Educación Primaria o incluso Educación Infantil, deben ser un pequeño repaso o entrenamiento de lo aprendido en el colegio, pero no siempre tienen que ser actividades de lápiz y papel. Se pueden y deben incluir otro tipo de tareas: preguntarle a los abuelos; a los papás...; ir al súper y mirar...; observar por la calle; leer, todo ello, sin necesidad de plasmarlo en un cuaderno o en una ficha de papel.

En Educación Primaria, no deberían incluir actividades que impliquen aprendizajes o niveles de dificultad que no se han entrenado previamente en clase. Además, los deberes deben ocupar un tiempo limitado, según las edades, pero que en el caso de Primaria, nunca debería superar los 90 minutos. Soy partidario de las tareas que cumplan esos requisitos. El problema, en todo caso, no es que los profesores pretendan 'martirizar' a los niños. En muchas ocasiones, los profesores se ven 'forzados' a mandar muchos deberes: el temario (el currículum) es bastante amplio, se realizan muchas actividades de carácter complementario o transversal y todo ello provoca que haya que completar o compensar, enviando demasiado trabajo para casa.

Con deberes o no, muchos padres intentan además cubrir las horas de ocio de sus pequeños con multitud de actividades extraescolares, ¿en qué medida un niño tendría que elegir qué hacer con su tiempo libre?

Desgraciadamente, en nuestro contexto cultural los niños viven con todo el tiempo ocupado y organizado. Parece como si hubiera miedo al aburrimiento. Los niños (y los adultos) deberían disponer casi a diario de tiempo de libre disposición: eso quiere decir que no está estipulado ni organizado lo que hay que hacer. Es una necesidad, que inicialmente puede generar aburrimiento, pero que se supera con una cualidad cada vez más reprimida en los niños: la imaginación.

Si los adultos intentamos huir del estrés y las obligaciones ¿por qué entonces cargamos de tareas y actividades a los escolares?

Es un mal de nuestra cultura occidental, no sé si tenemos miedo a la tranquilidad, a escuchar a los demás o a nosotros mismos, quizás tenemos miedo a pensar.



FOTO: LA TRIBUNA

► USO DEL TIEMPO LIBRE

«Los niños deberían disponer casi a diario de tiempo de libre disposición, que inicialmente puede producir aburrimiento, pero que se supera con una cualidad cada vez más reprimida en los niños: la imaginación»

► FUNCIONAMIENTO DEL SISTEMA EDUCATIVO

«El sistema debe simplificarse. La burocracia, por ejemplo, no puede desplazar en la escuela a la labor más importante que es enseñar. También se debe revalorizar la figura del educador, que está en la diana del fracaso del sistema»

En el caso de los niños, quizás muchas familias no tienen la paciencia (y tampoco el tiempo) de estar con sus hijos y, entendiéndose bien, de soportarlos. Es más cómodo tenerlos ocupados. El estrés no es exclusivo de los adultos: los niveles de estrés en los niños están ahí y pasarán factura en el futuro.

¿Qué puntos habría que mejorar en nuestro país para que el sistema se ponga en lugar de los niños y atienda sus necesidades?

Si habla del sistema educativo sería para hablar largo y tendido. Yo que trabajo sobre el terreno, en la escuela se me ocurren cuatro medidas básicas: Por un lado, no podemos tener un sistema educativo cada 4 años. Si los políticos viven a golpe de encuesta, de elecciones y de

ocurrencias, no tenemos educación: sin educación no tenemos ningún futuro ni ninguna esperanza; ni como país, ni como individuos. Por otro lado, el sistema debe simplificarse mucho más: la burocracia, por ejemplo, no puede desplazar en la escuela a la labor más importante que es enseñar. Ahora que estamos comenzando el curso, la mayoría de los profesionales de la escuela estamos dedicando más del 50% de nuestro tiempo, a cuestiones burocráticas.

La tercera medida pasa por revalorizar la figura del educador, maestro y maestra. Están en la diana de los culpables del fracaso de nuestro sistema educativo. La figura del maestro, en nuestro país no tiene la consideración que merece; hablo de reconocimiento social y sobre

todo de respeto profesional. Y por último, el sistema educativo (nuestra cultura occidental) debe ser más humana. Un niño de 8 años pasa más horas en la escuela que un universitario de 20 años. Hay padres de niños de 6, 7, 8 años que dicen: «No quiero que mi hijo sea bueno, quiero que sea el mejor».

¿Fomenta nuestro sistema educativo las capacidades de cada alumno o no hay tiempo ni recursos para hacerlo?

Desde mi modesto punto de vista, es un quiero y no puedo. Desde la Unión Europea hay directivas que indican que se debe apostar por el aprendizaje por competencias. Sin embargo, nuestros sistemas educativos, en la práctica, han apostado por las competencias, pero sin renunciar al modelo de los conte-

nidos han querido añadir un modelo a otro y eso no es posible. Trabajar por competencias tiene unas exigencias: formación del profesorado, una estructura menos académica, un currículum con menos asignaturas, una ratio de alumnos más baja...

Desde su experiencia con los menores ¿cuáles son los problemas de conducta que más se repiten en las aulas?

Yo trabajo en la etapa de Educación Infantil y Primaria y en esta etapa no hay grandes problemas de conducta, pero si se empiezan a ver algunos que aparecerán más tarde. Vemos algunos niños que vienen con pocas normas de casa, con poca autonomía y que no se les exige la responsabilidad adecuada para su edad.

Usted publicó un libro que se llama *Cómo ayudar a los hijos en los estudios*, ¿a grosso modo qué puede hacer una familia en casa para lograr este objetivo? ¿Qué consejos daría a los padres que se enfrentan al inicio de curso?

En el libro ofrezco una serie de pautas básicas para que los padres ayuden en los estudios y al comienzo trato de tranquilizarles dándole dos: La responsabilidad de los estudios debe recaer en el niño y ese debe ser el mensaje que le tienen que transmitir a sus hijos desde pequeños: «los estudios son cosa tuya, aunque nosotros te apoyemos». Y segundo, los profesionales de la educación escolar y de la enseñanza son los maestros y maestras, y es a ellos a los que les corresponde esa responsabilidad, no a los padres. La labor de los padres es colaborar, poner los medios para que su hijo tenga unas condiciones mínimas para estudiar, supervisar que cumple su responsabilidad y mantener contacto con los educadores.

¿Quién está más desorientado a la hora de educar, el docente que se enfrenta en cada cambio de Gobierno a una reforma educativa o los padres?

La realidad es que todos experimentamos cierta desorientación. Hay varios problemas de fondo. En primer lugar, el mapa que tenemos no se corresponde con el territorio, eso quiere decir que los parámetros que queremos aplicar en la educación (el mapa) no termina de funcionar en la realidad (el territorio) y por eso estamos desorientados. En segundo lugar, la educación implica tolerar frustraciones, aplazar recompensas, elegir, esforzarse, justo lo que nuestra cultura no tolera.

Con un panorama así, es normal que quien quiera educar esté desorientado y su labor parezca heroica.